

EDITORIAL

Ante la incredulidad de algunos y el beneplácito de muchos, el 13 de junio de 1967 abrió sus puertas a la juventud estudiosa del sureste mexicano nuestra máxima casa de estudios, de modo que este año cumple 37 años de fundación.

El prestigio educativo del Liceo Carmelita, que tanta prosapia acuñó a lo largo de poco más de un siglo de vida, se fortaleció con la entrega de la Universidad Autónoma del Carmen (Unacar) al pueblo.

Las instituciones, como los seres humanos, tienen periodos de insipiencia, evolución y desarrollo. Seguramente a 37 años de creada la Unacar resulta prematuro juzgar su evolución, mas tenemos la certeza que sus funciones sustantivas (educación, investigación, difusión de la cultura y fomento deportivo) le imprimen velocidad a su desarrollo.

En la última década del siglo XX la Unacar aceleró decididamente su tránsito hacia la excelencia. El Plan de Desarrollo Faro U-2010, abrió un abanico de posibilidades que contribuyó a la transformación total de la institución. Cada coyuntura de progreso fue explorada y aprovechadas positivamente sus vertientes. Fortalecida y renovada, la Unacar entró a la primera década del siglo XXI con una misión y una visión perfectamente definidas, ordenada sobre cuatro ejes rectores: Fortalecer la universidad, Modernizar la universidad, Dignificar la universidad e Identificar a la universidad con la comunidad. La emblemática de la institución es un faro.

Así, sobre cuatro ruedas institucionales, nuestra alma máter ha evolucionado a nuevos estadios de servicio en donde la comunidad del entorno regional es la que recibe sus bondades y beneficios. Quince años le han bastado a la cenicienta para transformarse en una espléndida princesa, si se nos vale la metáfora.

De tal modo la Unacar ha hecho sentir en la comunidad sus servicios y atraer hacia ella los sectores productivos, que el orgullo de los carmelitas por su universidad es legítimo y puede palparse cómo se comparte ese sentimiento de grandeza.

La Universidad Autónoma del Carmen está ahora a la altura de cualquiera otra del país o el extranjero, donde también se reconoce y admira su calidad. Al ingresar a la Unacar podemos admirar la modernidad de sus edificios, las instalaciones deportivas, la belleza de sus jardines, la operatividad de sus funciones sustantivas, sus aulas donde jóvenes y catedráticos comparten la máxima de la superación continua en un clima de mutuo respeto.

Pero la universidad está ahora más allá de sus muros, se halla permeando a la sociedad a través de programas itinerantes lo mismo de investigación que de divulgación de la cultura a extramuros, porque la comunidad universitaria del Carmen es -en supremo anhelo hecho realidad- energía y motor del desarrollo de una región importantísima del sureste mexicano: el área de influencia de la Laguna de Términos donde las culturas maya y chontal todavía brillan con luz propia y lucen la magnificencia de su mestizaje universal.

La Unacar, pues, se viste de fiesta con la celebración de sus 37 años de vida desde aquel 1967 cuando el ahora desaparecido general José Ortiz Ávila le escrituró el destino de formar profesionales en los campos del conocimiento: la ciencia, la técnica, las artes y el deporte, para mayor Grandeza de México.